

Rara penitencia

PAUL MORAND

Traducción de Ernesto Hernández Busto



Está a punto de aparecer, en Francia la biografía de Paul Morand escrita por Jean François Fogel. Es posible, entonces, que pronto veamos reaparecer el nombre de este escritor viajero en las publicaciones literarias. La obra de Morand, no hay que olvidarlo, fue una presencia importante para nuestros Contemporáneos y sus hijos pródigos. "Rara penitencia", el relato que aquí se publica, es muestra del interés de Morand por la cultura hispánica. Un interés compartido con su amigo Valery Larbaud, del que en este mismo número de la revista recogemos "La lentitud", un ensayo dedicado a Morand y que complementa el "De la velocidad", un ensayo del propio Morand recogido en Contemporáneos en agosto de 1929. Este pequeño homenaje al poeta francés incluye una entrevista con un apasionado de su obra: Álvaro Mutis.

Rara penitencia

Goya. Aguada de tinta china, 1800-1805

A GIRALDA DEJÓ escuchar doce golpes, seguidos en un bronce tan alto y en un aire tan sutil que las ondas se propagaron hasta el río; golpes que resonaban en dos tonos, como un batir y su réplica, de manera que aquella medianoche pareció el entrechocar de dos espadas.

Bajo esta bóveda sonora, pomposo, entró el Viernes Santo. La luna llena enfiló por el estrecho conducto llamado calle de los Cruzados, y su hernia, la pequeña plaza de adoquines puntiagudos. Las fachadas de las casas aparecieron blancas como muchachas en bata bajo la luna. Blanco de España. Sobre estas páginas deslavadas sólo se leían los marcos de los enrejados y los altos vacíos negros de algunos vanos. Encima, la noche verde, claveteada de estrellas relucientes.

La luz del cielo caía a lo largo de los muros, asiendo en su caída los balcones con bolas de cobre, donde se apretujaban los espectadores apoyados en tapices verdes o rojos, adornados con blasones en relieve. A sus pies, se movía la riada popular, esforzándose por contener su exuberancia, aunque este afán no hacía sino revelar mejor la desmedida presencia. Pero Sevilla tiene un silencio elocuente. También los abanicos hablan, murmuran: "Aquí está la ciudad más bella del mundo, la más bella semana del año es la Semana Santa, el más bello día de la semana más bella es el Viernes Santo,

• De *Le flagellant de Séville*, Arthème, Fayard, 1951.

y la procesión más bella hela aquí, es la de nuestro bello barrio de San Gil, la del *Cristo de la Gran Disciplina*".

Laicas, aunque no profanas, las Cofradías que organizan los desfiles santos se preparan todo el año para esa noche. Todo por Jesús, por la Virgen, por el renombre de la ciudad, por el barrio o la calle; nada para uno mismo, sino la humildad del sayal y el anonimato de esa capucha echada sobre la cara, el capirote.

Las procesiones salen de sus iglesias, capillas o conventos, recorren toda Sevilla, saludan su barriada, atraviesan la Catedral abierta de par en par y entran de nuevo en sus sacristías para ya no salir sino hasta el año siguiente. La tradición dura desde hace siglos; la disposición, el día, la hora de los desfiles son inmutables. Estas procesiones transmitidas de una generación a otra, como un bien reservado, surcan el tiempo como a la multitud.

Ese Viernes Santo, del año 183..., iba a ver sucederse:

Nuestra Dama de la Concepción y Jesús de Nazareno.

La Virgen de la Esperanza, llamada *La Macarena*, y el Cristo de la Sentencia.

El Cristo de la Gran Disciplina,

Nuestro Señor del Calvario y Nuestra Señora de la Presentación, Jesús del Gran Poder y María del Gran Dolor.

La Virgen de los Marinos de Triana y Nuestro Señor de las Tres Caídas,

La Virgen de los Gitanos y Nuestro Señor de la Salvación.

En cada uno de estos desfiles, el cortejo de los penitentes, largo cordón procesional, todo de negro, o todo blanco, o violeta, o azul, o verde, según el color de la cofradía, está dominado por una magnífica pieza de repostería, más alta que un carro triunfal, una escultura oscilante, de oro fino, piedras preciosas, terciopelo y brocados, plata cincelada, repujada, floreciendo en enormes candelabros torneados como corolas, tulipanes erguidos hacia los palios de bordados centelleantes. (En Sevilla se llama *pasos* a estas maravillas).

En la Plaza de los Cruzados, la multitud esperaba. Los pétalos de azahares caían a los pies de los árboles y su perfume se estancaba como un charco oloroso, dilatando las aletas de la nariz, abrumando el cerebro.

De pronto, el reloj de la catedral dio dos golpes. Instantáneamente, los seis faroles de la plaza se apagaron, las voces callaron, y en la oscuridad, en el silencio absoluto, las puertas de la Hermandad de Galilea, más conocida bajo el

nombre de *Cofradía de la Gran Disciplina*, se abrieron, sin ruido, como un telón de teatro. Los dos batientes, de quince pies de altura, se separaron, y la luz de un patio interior inflamado por los cirios se volcó a la calle con un resplandor tan cálido que abrasó la noche.

En primera fila, los rostros de la multitud salieron del clarooscuro, se incendiaron como el de un lector inclinado sobre su vela, para verse rayados enseguida por la gran sombra que la cruz procesional echó sobre las frentes inclinadas; la Cruz, primer testigo de este desfile más orgulloso de su avance que un río del progreso de sus aguas.

La cruz, inclinada para franquear el tejado, se enderezó, seguida por sus curas, portadores de imágenes santas, abriéntadas con metales preciosos; en el vacío que dejó tras ella, se distinguió la presencia del Hermano mayor y la del prior de la comunidad laica, apoyándose ambos en altos báculos de plata. Marchaban con pasos contados, severamente, la cabeza, de rasgos invisibles, inclinada hacia el suelo, indiferentes a su propio espectáculo, ciegos a la belleza de esa noche andaluza que olía a cera y a naranjo en flor.

Detrás de ellos aparecieron los primeros penitentes, fantasmas ensombreados en el extraño capirote afilado como pan de azúcar, que los cubría, plisado hasta la mitad de la espalda; desde allí les caía una vestimenta amarilla que dejaba ver bajo los pliegues de sus ondas verticales los pies descalzos. Las dos piezas del hábito estaban separadas por un silicio de crin erizada. En la cadera externa, del lado de la gente, cada hermano apoyaba un gran cirio encendido, cuya llama chorreaba, sin vacilar, lágrimas rápidamente cuajadas.

La procesión comenzaba su camino tortuoso hacia el corazón de la ciudad, por las oscuras trincheras de las calles. En la multitud que se abría, los cirios dibujaban a derecha e izquierda un doble camino de fuegos agudizado por la perspectiva. Ninguna corneta estridente, ninguno de esos tambores que martillan la marcha de las otras, precedían a esta Cofradía. Unos sargentos civiles con garrotes circulaban como escolta, alineando sus tropas detrás de tres músicos solitarios: un serpentón con repliegues negros, un fagot rechoncho y un timbalero. En el silencio resonaba su curiosa música, lúgubre como un portazo de hierro en el fondo de un subterráneo.

Un resplandor iluminó entonces la calle, alumbrando a un hombre que caminaba de espaldas: el pausario, encargado de ordenar los descansos del pesado conjunto. Hizo una señal: en el espacio de la puerta, más deslumbrante que un astro en fusión, apareció la capilla móvil, llevando su altar de fuego y plata.

Entre la multitud corrió el largo suspiro de la espera satisfecha: mil ojos fijos en el altar vieron, bajo el dosel en filigrana de oro, surgir al Dios fabuloso, el Flagelado gigantesco, encima de una rampa inflamada, formada por ocho filas de rubios cirios en tubos de órgano que subían hacia el cuerpo martirizado. El torso, con llagas negras, estaba desnudo hasta la cintura, estrangulado en el talle por un refajo de terciopelo cárdeno, tendiendo la caja prominente de sus costillas marcadas por la pátina de siglos muertos. Petrificado en su reposo escultural, el Cristo avanzaba temblando, preso en una actitud trágica en la que parecía flaquear bajo los golpes de los soldados, perder aliento, sangrar con una sangre más bermeja que las túnicas de los centuriones cuyo metal brillaba detrás de él.

El carro había salido, librando por un dedo los goznes de la puerta; ninguna mecánica lo hacía avanzar; difícilmente se distinguían, bajo la alta banda de terciopelo que festonaba este cadalso móvil, unos pies con alpargatas que progresaban con muy pequeños pasos escurridos: la colosal figura estaba sostenida por espaldas humanas. Las otras cofradías se hacían llevar sus carros sin ruedas por gabarreros de la dársena, pero la *Santa Fraternidad de la Gran Disciplina*, para la cual cada dolor es bendición y mérito acostumbraba, por tradición y orgullo, hacerle soportar el fardo de su Cristo a sus propios cófrades; la élite sevillana que la compañía quería perderse así, humildemente, aquella noche, y habrían podido notarse sus inclinaciones a través de los tragaluces preparados en ese pedestal de plata calada que se llama *respiradero*. Eran treinta que habían solicitado el honor de llevar el macizo navío; encasquetados con un saco de tela enrollada atosigado sobre la nuca, elevaban, con infinitos cuidados y en un esfuerzo que duraría diez horas, los maderos transversales que sostenían la increíble parihuela. Así pedían a Dios que les perdonara sus pecados del año.

Con la aparición del flagelado, las cabezas se levantaron, los rostros fatigados por la espera y la vigilia se convirtieron en una galería de figuras animadas por una fuerza nueva, contemplando con pasión el Rostro que oscilaba delante de ellos. Cincuenta pasos más adelante, el mantel gigantesco se detuvo y sus portadores aplastados recobraron el aliento. Detrás de ellos se inmovilizó el escuadrón patibulario de cien cófrades con capirotos negros, séquito medieval que llevaba sobre sus espaldas magulladas la pesada cruz de ébano y plata.

El santo monumento reemprendió su marcha, los altos gorros avanzaron en la noche, deshojando con sus puntas los naranjos, rozando los famosos balcones sevillanos desde donde tantas silenciosas promesas de amor habían caído y tantos noviazgos mudos se habían anudado. Al paso de estos espectros, el pueblo recuperaba antiguos terrores; el pavoroso, pero esperado espectáculo, deseado todo el año, marcaba a estas almas ligeras que tanto esmero ponían en su felicidad y que temían de repente que el resplandor ingenuo de su sencilla existencia no ofuscará a la Nada. Vivir el pecado menos perdonado por un Dios que detesta la vida que da. El triunfo de la muerte, que tantas jornadas de sol ya habían hecho olvidar a los sevillanos pero que siglos de fe católica habían incrustado en su carne, salía a la superficie de los corazones como una burbuja pestilente sobre el agua de las marismas.

Al paso de la procesión, delante de las entradas góticas abiertas con desgano por los Reyes Católicos en los ladrillos de antiguas mezquitas para sustituir a los arcos en herradura, el pueblo se persignaba y caía de rodillas.

A través de Sierpes, la *Cofradía de la Gran Disciplina* iba ahora a lo largo de la viejas moradas doradas por los cirios que parecían altos retablos barrocos con numerosos pisos. Las alfombras de lirios y claveles dejaban tras ellas un perfume pegajoso; el incienso azul enrollaba sus volutas como los giros en el vestido de percal de la bailarina gitana.

En Sierpes, tan animada durante el día, donde se vive a la sombra de los toldos tendidos que resguardan de un sol de fuego, la cofradía tuvo que marcar el paso. Debía esperar a que quienes la precedían, los penitentes de la ilustre Macarena,

dejaran la escena; la milagrosa Virgen se demoraba, embriagada por los vitores, cautivada por la belleza de la humana hora y por el deseo de eternizar su única noche de salida al año. De la Macarena no se percibía sino la lejana silueta de espaldas, recortada en sombra sobre la reja de fuego que iluminaba por delante, como en una pasarela, su belleza de diva. Circundada por sus celadores de blanco, que contrastaban con el negro y el amarillo infame de los Disciplinarios, la Bienamada de Sevilla, toda cándida, —en cuyo cuello, para consolarla de sus lágrimas pintadas, las duquesas andaluzas habían prendido sus diamantes más grandes, relucientes bajo la gorguera de lino immaculado—, se eternizaba en la plaza municipal sin ceder el camino.

Mientras empujaba en vano a la Macarena, la *Cofradía de la Gran Disciplina* era apurada por la Procesión del Cristo del Gran Poder, cuyos hermanos encapuchados, con túnicas negras, la cuerda al cuello y el cuerpo ceñido por crines, se ofrecían a la admiración compasiva de la gente. Los Disciplinarios se volvieron, advirtiendo a quienes les iban pisando los talones, y distinguiendo, a través de las ranuras del capuchón, aquellos ojos que los acechaban en la sombra como ojos de lobos tras el viajero perdido.

Finalmente, la riada fluyó. La Gran Hermandad pudo dejar Serpes y llegar frente al municipio, el ayuntamiento con ajimeces que habían visto las nupcias de Carlos V y de Isabel de Portugal. Dos hermanos rodrigones se destacaron, pasaron entre los encasquetados guardias escarlata que se mantenían en posición de firmes con el fusil invertido, e inclinándose delante del alcalde pidieron el libre acceso.

El cortejo se dirigió entonces hacia la catedral; había empleado tres horas en recorrer la distancia mística, calcada sobre aquella que separa el pretorio del calvario.

Por la garganta negra de la ojiva, la procesión se precipitó en la más vasta iglesia gótica de la cristiandad. Bajo las altas bóvedas desnudas había una segunda noche, más fría, más sonora, sin más astros que las lámparas perpetuas delante de los altares velados de violeta. Los gorros negros, puntiagudos como campanarios, arrojaban su sombra en la sombra, sobre la perspectiva afilada del pavimento reluciente. Los penitentes fruncían con la mano izquierda los pliegues de su capucha bajo el mentón, elevando por encima de la llama del cirio —pegada la nariz en la tela— los dos siniestros agujeros de los ojos que prestaban su vida inquietante a esta materia muerta. El oro atormentado de las rejillas brotaba al paso de los cirios que no se detenían, atravesando el edificio sagrado como una calle. No se sentía sino el roce de pies desnudos sobre el mármol liso.

Habiendo atravesado la nave de parte a parte, la procesión emergió lentamente hacia afuera, presa entre dos muros humanos, bajo un rayo de luna que rozó las dalmáticas negras y plateadas. Dejó atrás la Catedral rodeada de cadenas y la Giralda; a su derecha, la Lonja, que eleva entre tres siglos de inútil papelería de Indias sus cuatro obeliscos cuadrados, a su izquierda, el palacio del cardenal-arzobispo, cubierto de buganvillas, y contorneó la mole blanca del Convento de la Encarnación, abrigado tras las murallas almenadas del Alcázar.

Faetón titubeante en la noche, el estrado avanzaba pesadamente. A veces, la aldaba del pausario resonaba; entonces todo quedaba inmóvil; sólo se movían los incensarios y

los abanicos; ahogados bajo la cortina, los porteadores sacaban la cabeza del respiradero para tomar una bocanada de aire; los procesionarios despabilaban entre sus dedos la mecha de su cirio, cuyas estalactitas caían rompiéndose; unos chiquillos atraviesaban familiarmente el cortejo, recogiendo la cera, calentándola entre sus dedos para hacer pequeños pabilos o para revenderla a los zapateros. Tres nuevos golpes de aldaba; y el Flagelado, levantado por treinta espaldas, retomaba su marcha titubeante por encima de las olas humanas.

Aquella noche en Sevilla nadie dormía; las calles se llenaban y se vaciaban, según la hora, con gente que corría de una procesión a otra, conociendo las buenas esquinas, aquellas donde se podían tocar las colas aterciopeladas de las Virgenes, tan largas y pesadas que reposan en vilo sobre una armazón de hierro, aquellos lugares donde estallan las más bellas *saetas* que esa noche un entusiasmo espontáneo saca fuera de una ronca garganta árabe, notas desgarradas, cántico improvisado en el corazón del pueblo sevillano, tanto más apasionado cuando se dirige a las efigies más amadas, a la Candelaria, a la Amargura, a la Macarena sobre todo; tan pronto como comienza el canto, todo el cortejo se detiene y la Virgen escucha cortésmente la serenata de su adorador.

La procesión regresaba ahora por callejones cada vez más estrechos a medida que el barrio era más viejo, detrás los fanales que los lucernarios llevaban encima de astas de plata. Esa plata de las minas de Huella que ahora que el oro del Perú ya no fluye sobre España, continúa derramándose sobre Andalucía, corre con profusión sobre las dalmáticas, los candelabros macizos, los vestidos, las cruces de ébano contorneadas con un cordelillo precioso, compitiendo en blancura con el revestimiento de las fachadas. Bajo la luna, el baldaquino, también con brocado de plata, acariciaba al pasar los puestos, los entoldados de los vendedores de frituras cuya humareda azul se mezclaba con el sebo negro de las velas, los ribetes de los tapices blasonados y los flecos de los mantones de Manila que caían desde las balastradas hasta quemarse con el fuego de los cirios.

La estación itinerante del Sacramento reencontró finalmente la plaza de los Cruzados, de donde había salido diez horas antes.

El día nacía, saludado sin júbilo por las campanas, mudas por esa jornada. Sólo un angelus anunciado por matracas de madera, como risa de esqueleto.

La Cruz, con forro violeta, reentró seguida por los penitentes, tropel de sonámbulos extenuados, vacilantes por la fatiga, a los que ya no despertaría el primer grito de los gallos. Una profunda tristeza descendía sobre este fin de ceremonia, un gusto a nada descomponía en verde el cielo azul. Contrastes andaluces: cálices de hiel vacíos entre las copas escanciadas alegremente, cuerpos torturados entre las danzas ágiles, olivos torcidos entre los blancos lirios rectilíneos.

¿Por qué esas lágrimas en este paraíso terrestre donde el ruiseñor del Alcázar celebraba la noche trémula y donde las primeras golondrinas, acabadas de llegar de Canarias, traídas por los mismos vientos regulares que hacían volver a los Conquistadores, ya afilaban sus alas en el día naciente?

Como la losa de un sarcófago, la puerta se cerró sobre la procesión. ✦